

PRESENTACIÓN

DEL NIHILISMO Y SU PARADOJA

Forma de citar este artículo en APA:

Cadavid Ramírez, L. M. (julio-diciembre, 2018). Del nihilismo y su paradoja [Presentación]. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 9(2), pp. 281-283. DOI: <https://doi.org/10.21501/22161201.2888>

Las múltiples caras del nihilismo hacen ardua su definición, tal vez no así su calificación, pues ha sido elevado a la categoría de enfermedad de la cultura occidental; así, aunque los valores absolutos sean propios de las más diversas y disímiles comunidades y sus visiones de mundo, Occidente ha sido particularmente sensible a “la desvalorización de todos los valores supremos” (Maldonado, 2002, p. 113). He de reconocer la vaguedad de la expresión “Occidente”, pero tal vez el lector logre reconocer que se habla aquí, en parte, de la filosofía occidental, y tal vez piense en una filosofía en particular, la de Friedrich Nietzsche. Sin embargo, es sabido que el término, antes de Nietzsche, tuvo suelo en el idealismo alemán, en cuanto Jacobi hizo de él una forma de descalificar la filosofía de Fichte (Volpi, 2011; Duque, 2006).

Ahora bien, la cuestión que esbozaré será la connotación del nihilismo como fenómeno social, sí condensado por Nietzsche en la sentencia ya conocida de *La gaya ciencia*, «Dios ha muerto» –malentendida como una afirmación de la pérdida completa de valores, y cuyo malentendido ha marcado bastante confusión sobre el mismo fenómeno–, y, particularmente, abrazado, a veces sin saberlo, por quienes afirman la necesidad de hacer valer su condición de individuos ocupados en forjar su propio destino, en seguir su propio credo, en vivir de tal manera que sean los gestores (o empresarios) de sí mismos, en esa nueva forma de hombre-económico que se encumbra en la actualidad (Aguilar Torres, 2014).

El anuncio del advenimiento del nihilismo marcará una comprensión de los valores supremos como incapaces de dar sentido al colectivo humano, de tal manera que no se anuncia la falta de valores sino la falta de medida (Maldonado, 2002): todos los valores son equivalentes y, de este modo, el individuo o no sabe qué valores escoger o le es indiferente escoger entre uno y otro. Sin propiciar aquí una genealogía de dicha condición, resulta sorprendente cuan cercano se encuentra, entonces, el nihilismo de la búsqueda sin ambages del propio sentido de la vida. La frase «Dios ha muerto» viene a significar para muchos tan solo la constatación de la caducidad de un credo religioso, que entonces podría ser reemplazado por otro o, incluso, sostenido como una fábula necesaria.

Así, ante la imposibilidad de identificar valores supremos, se presenta la alternativa de que cada uno reafirme *su propia ética*, encuentre *su propia finalidad*, reconozca *su propio lugar* en el mundo y, de este modo, la invocación por las búsquedas personales –y su éxito– se convierte en el leitmotiv

que eleva moralmente a quienes la alientan. Tal despliegue de autoafirmación y libertad personal viene a recordar, justamente, la dimensión nihilista de la cultura occidental, pues como bien explica Félix Duque (citado por Pazo, 2015), la afición a los valores que solo cada individuo determina, define, de manera brillante, nuestra dificultad para vivir colectivamente y al mismo tiempo el nihilismo que opera sobre la firme creencia de que es necesario saber nuestro propósito y nuestra verdad para dotar de sentido la vida.

Frente a la avanzada del nihilismo se erige, entonces, lo que Duque (2006) llama nihilismo ego-céntrico –más no del yo del idealismo, sino del individuo que exalta que el asunto de lo humano es de cada cual, que cada uno ha de encontrar *su propio* camino–, así de paradójica es la situación actual: sin esperarlo –¿quizá? – ahora se trata de calcular la función de cada uno, de computar el objetivo de cada individuo, mientras yo también soy calculado y computado por los otros. La paradoja se agudiza porque quien busca el sentido de *su propia* vida por su cuenta, afirma, entonces, que este es singular y a la vez último, pero es algo tan propio que no puede compartirlo, y si se atreve a hacerlo se encontrará en medio de un sinnúmero de sentidos también singulares y últimos; ¿qué hacer?, ¿buscar que todos esos sentidos se acoplen unos con otros cumpliendo la función más conveniente?

Pareciera que la opción de nuestro sistema socio-económico actual está bien descrita por Lorenz (1988) cuando expresa que “todos [los pueblos] disponen de la misma tecnología, basada en los mismos conocimientos, combaten con las mismas armas, se engañan unos a otros con los mismos medios de comunicación y se estafan en las mismas bolsas” (p. 332); y así se ha pasado de la pérdida de los valores absolutos a la homogenización de todos los valores, homogenización que creemos quebrar cuando hemos respondido a la pregunta ¿cuál es, pues, mi función en el mundo?

Pero si se deja en suspenso ese requerimiento social que condensa tal pregunta –y cuya respuesta se suele confundir con una elección individual–, si pensamos en los sentidos que se pueden crear y comunicar (Pazo citando a Duque, 2015) y nos disponemos, justamente, a compartirlos y también a desear comprender lo que otros comunican con sus acciones, palabras, aspiraciones, se hace una fisura a esa paradoja antes detallada. Asimismo, cuando nos aventuramos a escribir y a poner a prueba lo que se reflexiona en este claro-oscuro mundo de la investigación en ciencias sociales, se invita a otros a hacer parte de aquello que nos causa admiración, los implicamos en nuestra forma de enfrentar las diversas situaciones que atañen a la psicología, la historia, la educación, la sociología, la comunicación –disciplinas que reúne este volumen 9, número 2–, no con el ánimo de reafirmar nuestras concepciones propias, sino con la tenacidad de exponernos y propiciar, en camino con los otros, no un absoluto sino el espacio donde podrá dialogarse.

Lina Marcela Cadavid Ramírez PhD (c)

Directora/Editora

Revista Colombiana de Ciencias Sociales

 <http://orcid.org/0000-0002-4537-1564>

REFERENCIAS

- Aguilar-Torres, E. (2014). Empresarios de sí mismos. La literatura de autoayuda y el mercado en red de la constitución de sujetos ético-económicos. En J. Sáenz-Obregón (Comp.), *Artes de vida, gobierno y contraconductas en las prácticas de sí* (pp. 105-142). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Duque, F. (2006). *El cofre de la nada. Deriva del nihilismo en la modernidad*. Madrid: Abada.
- Lorenz, K. (1988). *La acción de la naturaleza y el destino del hombre*. Madrid: Alianza.
- Maldonado, C. E. (2002). El nihilismo y el pensar en Nietzsche y Heidegger. En M. Rujana-Quintero (Comp.), *Nietzsche en el horizonte de la contemporaneidad. El diseño de una nueva sensibilidad hermenéutica* (pp. 107-125). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Pazo, M. (27 de marzo de 2015). *Nietzsche: “Dios ha muerto y el nihilismo” con Félix Duque, Jorge de los Santos y M. Esgueva*. [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=e_FPf3zIdEU
- Volpi, F. (2011). *El nihilismo*. Buenos Aires: Biblos.